

# Impuesto global. Pagar por la paz

Martín Walker

***E**n un mundo cada vez más interdependiente como el del fin de siglo, las tareas que tiene en frente la ONU se ensanchan sin cesar. En efecto, a las cargas ya de suyo enormes en materia de conservación de la paz, se agregan las de protección del medio ambiente y de los derechos humanos, la resolución del problema de la deuda del Tercer Mundo, etcétera. En tales condiciones, las presiones financieras comienzan a desbordar todos los cálculos presupuestales de la organización, poniendo a la orden del día la necesidad de pensar seriamente en el establecimiento de mecanismos que, como sería el caso de un impuesto global, permitan garantizar un compromiso de la comunidad internacional en el financiamiento de la Organización de las Naciones Unidas!*

SE CUMPLE UNA GENERACIÓN desde que el programa espacial entregó por vez primera aquella impresionante fotografía del planeta tierra visto desde la órbita. Lentamente, la imagen ha introducido en nuestra conciencia un eje tangible tanto para la aprehensión de la idea de biosfera, como para la de la Tierra misma. Pero si bien se han alcanzado esos logros notables, todavía no podemos manejar la realidad planetaria porque carecemos de las herramientas para medirla y de las estructuras para ejercer el comando del planeta. La

principal razón para esto es el engaño que siempre ha estado presente en los débiles intentos del hombre por crear tales estructuras, incluyendo, en nuestro tiempo, las Naciones Unidas.

El poder político es, en su raíz, la habilidad de obligar a la gente a seguir una voluntad singular. Sea por consenso o por intimidación, por tributación o conscripción física, el principio es constante incluso donde los medios varían. Las Naciones Unidas como institución fueron establecidas sin la autoridad para gravar, y sin el

poder físico de coacer. Durante los primeros 45 años de su existencia, cuando la guerra fría volvía casi imposible el consenso internacional, esto seguramente estuvo bien. Pero ahora que el consenso al interior del Consejo de Seguridad se ha vuelto mucho más viable, la brecha entre las demandas hacia las Naciones Unidas y su habilidad de enfrentarlas, con dinero o con tropas, ha llegado a ser desconcertantemente amplia.

Las cuentas globales están siendo giradas y las sumas son intimidantes. Existen la cuenta del medio ambiente, la cuenta de conservación de la paz, la cuenta de "salvar la democracia rusa", y la cuenta de la deuda del Tercer Mundo. Diferentes mecanismos internacionales han sido concebidos en un esfuerzo para lograr, incluso, el descenso de los costos. El Grupo de las Siete Naciones Industrializadas está tratando de hacer algo por Rusia, el Club de París está tratando de negociar con la deuda, y se exploran diferentes formas de soluciones nacionales y multinacionales para la crisis ecológica, todo lo cual demanda el entrar a considerar soluciones planetarias para problemas que,

igualmente tienen una escala planetaria.

Afortunadamente, los mismos procesos que llevaron al fin de la guerra fría y crearon la posibilidad del consenso en las Naciones Unidas también proveen una brillante oportunidad para cerrar la brecha entre medios y costos, y brindar a la comunidad global las herramientas requeridas para resolver sus problemas. Existe hasta ahora un recurso global escondido, tan vasto que la riqueza que representa está más allá de todo cálculo: está más allá del control político y más allá del alcance de nuestros métodos de tributación principalmente porque la tributación permanece como monopolio del Estado-nación. Pero la economía global se ha hecho demasiado grande para el Estado-nación y el concepto de tributación indudablemente también cambiará. En verdad, el presupuesto de la Comunidad Europea es ya financiado por una recaudación sobre los impuestos al valor agregado colectados por sus Estados miembros. El principio de los impuestos supranacionales para propósitos supranacionales ha sido establecido. ¿Hacia dónde puede dirigirse desde aquí?

### *Una economía global con una venganza*

PARA LOS HISTORIADORES FUTUROS, la era Reagan-Thatcher será señalada menos por la renovación

de la voluntad militar de Occidente y por la incentivación de la guerra fría que por la liberalización de los

mercados financieros que aquellas políticas produjeron. La economía global atravesó por una larga etapa de gestación en el siglo XIX, alcanzó su primera infancia durante el período que se extiende hasta 1939, y, finalmente, una niñez saludable desde 1945 hasta 1974. Pero explotó con el crecimiento desmandado de la adolescencia luego de 1980. En aquel año, el total de los préstamos bancarios (préstamos domésticos en denominaciones extranjeras, más préstamos de cruce de fronteras) ascendieron a US\$324 billones. Para 1991, se había alcanzado US\$7.5 trillones, un incremento de 20 veces. (La economía de las 24 naciones que conformaban la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) creció de US\$7.6 trillones a US\$17.1 trillones sobre el mismo período<sup>1A</sup>).

El grado de interdependencia de las economías occidentales líderes se ha intensificado a una rata asombrosa. Para 1990, los extranjeros ocuparon casi el 20 por ciento de la deuda norteamericana y el 34 por ciento de la deuda alemana. En 1980, las transacciones norteamericanas con propietarios extranjeros de valores sumaron sólo el 9 por ciento del producto bruto doméstico norteamericano (PBD); para 1990 se habían incrementado a un 93 por ciento de un PBD mucho mayor. En Japón, la

figura comparable fue el 7 por ciento en 1980 y del 119 por ciento en 1990. En Gran Bretaña, donde la ciudad de Londres juega un papel mucho más importante en la economía global que el desempeño doméstico garantizado de Inglaterra, las transacciones de valores de cruce de fronteras fueron 7 veces más grandes que el total del producto doméstico bruto producido por el país en 1990.

Esta es una economía global con una venganza, financiada y estimulada por el colapso del viejo sistema (*Bretton Woods*) de circulaciones estables y un intercambio extranjero total de inversión de alrededor de US\$900 billones al día para 1991. Cada semana, los mercados en dinero corriente del mundo comercial suman el equivalente al valor total de la producción de la economía norteamericana en un año.

Los gobiernos nacionales se han visto indefensos ante este nuevo gigante: el mercado global. Los países europeos perdieron US\$20 billones tratando de sostener su mecanismo de tasa de cambio en septiembre de 1992. Era un asunto capaz de sobrepasar la política de la Comunidad Europea. El Sistema Monetario Europeo (SME) era la piedra esencial en el camino hacia una moneda común, meta central del Tratado de Maastricht en una Europa que espera expandirse para incluir

<sup>1A</sup> *World Policy Journal*, verano de 1993

<sup>1A</sup> "El temor de las finanzas: vigilar la economía mundial", *The Economist*, septiembre 1992, pp. 8-9.

Austria, Suiza y Suecia. Pero los mercados se apartaron aliviados de esta barrera de US\$20 billones, forzando a Italia y a la Gran Bretaña salir del SME y después forzando devaluaciones en España y Suecia. El poder para mantener las propias políticas económicas y de impuestos, ha sido por largo tiempo la característica cardinal del Esta-

### *Una oportunidad evidente*

HASTA MEDIADOS DE 1993, LA ONU estuvo envuelta en 33 operaciones de conservación de la paz alrededor del globo, con 53000 soldados bajo su comando directo<sup>2</sup>. En 1992, el costo de esas operaciones excedió los US\$3 billones; las Naciones Unidas estiman que solamente Bosnia costará al menos US\$3 billones en 1993 y que las operaciones de ayuda en Somalia costarán otros US\$1.5 billones.

La ONU atraviesa por dificultades financieras crónicas, que han sido aliviadas solamente en parte por la tardía decisión de Estados Unidos de repagar su deuda pendiente de US\$400 millones en plazos irregulares. Las contribuciones del país que era tradicionalmente el segundo mayor apoyo financiero de las Naciones Unidas, la antigua Unión Soviética, también han decaído. La Unión Soviética nominalmente las pagó

do-nación. Ese poder está ahora puesto en cuestión. Pero de la misma manera lo está la utilidad continuada del Estado como garante del orden interno y principal actor en los asuntos internacionales. Para un creciente número de países en crisis existe ahora otro candidato.

proveyendo a las Naciones Unidas con una partida de rublos. Ya que el rublo no era convertible a circulante aquellos fondos fueron empleados para financiar un gran número de conferencias sobre las Naciones Unidas y temas conectados con ella en suelo soviético.

Pero en la crisis financiera general reposa una oportunidad. El resquebrajamiento de la congelada geopolítica de la guerra fría ha significado que las Naciones Unidas han emprendido más operaciones de conservación de la paz en los últimos 4 años que en los primeros 43 años de su existencia. Las Naciones Unidas como institución encara una cuenta grande y creciente por las operaciones. El mundo ha producido ahora una economía global enorme, un recurso que no está efectivamente gravado por impuestos. ¿Por qué no reunir ambos?

Los más de US\$900 billones comerciados en los intercambios corrientes cada día son gravados y la mayor parte de las transacciones son llevadas a cabo en la más sofisticada cadena de datos. Son entonces, al menos en teoría, fácilmente gravables. En 1992, el valor total de las transacciones era de alrededor de US\$280 trillones, más de 10 veces el valor estimado del producto económico mundial. La escala es tan evidente como la oportunidad.

Una deducción electrónica notificable de apenas el 0.001 por ciento sobre cada transacción sería casi suficiente para pagar la cuenta de la conservación de la paz de las Naciones Unidas. Pero, ¿por qué detenerse allí? Tripliquemos el impuesto a un todavía minúsculo 0.003 por ciento de cada transacción, y los resultantes US\$8.4 billones financiarían las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas y casi todas las operaciones de la asociación a la que el mundo entero pertenece.

El impuesto sería aplicado no a gobiernos individuales o nacionales, ni incluso a compañías individuales, sino sobre la velocidad del mercado global mismo. La frenética actividad financiera de la economía global no es sólo una oportunidad de recursos, sino también una medida de la salud económica global.

En la medida en que la recaudación por minuto sobre cada transacción de cambio en el extranjero fuese exhaustiva, sería

completamente limpia, representando precisamente la proporción que cada circulación nacional juega en el mundo económico. Cualquier reclamación de que el papel dominante de los mercados financieros de la ciudad de Londres estuviera imponiendo sobre el resto de Gran Bretaña una carga injusta, sería fácilmente enfrentada. Los centros financieros rivales de Frankfurt, Tokio, Nueva York y Chicago no disfrutarían de ventajas competitivas ya que todos estarían sujetos al mismo gravamen infinitesimal.

Técnicamente, tal tipo de impuesto sería remarcablemente fácil de coleccionar por medio de los sistemas de computador que gravan cada transacción. Ello requeriría a cada banco y casa financiera activa en los mercados globales de circulación de capital (y ellos están ya regulados y poseen licencias) abrir una cuenta bancaria separada a la que sería transferido automáticamente el impuesto cuando cada nueva transacción fuera realizada. Una imposición de 0.001 por ciento en cada transacción marcaría \$10 de cada transferencia de US\$1 millón.

¿Mataría esto la gallina que produce los huevos de oro? A tan modesta rata de impuesto, un colapso súbito de los mercados globales de circulante es improbable. Y si la frenética actividad diaria en los mercados se moderara, no necesariamente sería algo negativo. Por un prolongado período de tiempo, el dinero en circulación en los mercados es muy bueno para

<sup>2</sup> "Las Naciones Unidas están desarrollando un Centro de Control para coordinar su papel de conservación de la paz", *New York Times*, marzo 28, 1993, p. 10.

juzgar la importancia relativa de las economías nacionales. Sobre una base de día a día o mes a mes, se excederían sin importancia real.

Durante los últimos 4 meses de 1992, el dinero en circulación en los mercados cambió la importancia relativa de la economías británica y norteamericana en un tercio, cuando la libra cambió de un sobrevaluado US\$2 en septiembre a un devaluado US\$1.47 para enero. Un factor externo que modera esta disputa especulativa podría ser útil.

La especulación ha dado, injustamente, una mala fama a los mercados de dinero en circulación. El volumen de las transacciones tiene menos que ver con los manipuladores —a quienes el primer ministro Harold Wilson una vez condenara como “los gnomos de Zurich”— que con el comercio enteramente legal. En un mundo de tasas de cambio flotantes, es lógico que las compañías que venden bienes en el extranjero se aseguren que el dinero en circulación en el extranjero, con el que ellas serán pagadas a la entrega, tenga valor suficiente para justificar su trabajo. Ellas hacen esto para defender sus intereses, comprando dinero en circulación por adelantado, para asegurar que tendrán un retorno predecible sobre su inversión. (Incidentalmente, yo no comparto el punto de vista moralista según el cual la especulación con el dinero en circulación no es

legítima. Si los gobiernos son suficientemente tontos para forzar sus divisas a vivir en una mentira económica, entonces la especulación es a menudo el único mecanismo que puede devolverlos a sus cabales. En los mercados no existe tributación sin representación).

El truco, por supuesto, está en llevar a cabo un consenso internacional. Ningún gobierno individual o centro de comercio se atreve a imponer un impuesto unilateral sobre su propia porción del flujo global constante. Cualquiera que hiciera eso instantáneamente encontraría que los negocios habrían cambiado hacia climas más hospitalarios. Pero un acuerdo por las economías dominantes del Grupo de los Siete, respaldado por la OCDE, exigiendo el cumplimiento a sus propios bancos y casas de comercio, debería bastar para mantener en orden el mencionado sistema relativamente indoloro de explotación de este recurso global.

Esto establecería de manera más nítida el principio y el precedente de que el mundo entero tiene el interés de usar este nuevo flujo transnacional de riqueza que revitalizaría la economía global. Hasta ahora estamos empezando a comprender el tamaño y el poder de este nuevo fenómeno y aún carecemos de muchas de las herramientas teóricas que nos permitan analizarlo.

## La economía internacional en la guerra fría

LO QUE HEMOS PERCIBIDO, cuando comenzamos a observar más allá de las estadísticas financieras y a explorar este salvaje nuevo mundo del mercado global, sugiere que todos nosotros, individuos, corporaciones y gobiernos, estamos en presencia de algo mucho más grande que la suma de sus partes. Entre 1981 y 1991 el total del comercio mundial se incrementó en un 48 por ciento. La mayor parte de la renovada autoconfianza de Europa provenía del hecho de que el comercio entre las 4 economías más grandes de la comunidad europea, Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia, se incrementó casi en un 60 por ciento. Pero como ha expresado Kenneth Curtis del *Deutsch Bank* en Tokio: “Para toda Asia, se duplicó. El comercio hoy (en 1992) en Singapur, Hong Kong, Corea del Sur y Taiwan es 4 veces más grande de lo era hace 10 años. En esta expansión del comercio, Japón y Estados Unidos han jugado roles opuestos pero complementarios. A través de inversiones directas, y de su propia expansión comercial finamente dirigida, Japón ha provisto de capital y de bienes intermedios a la región. En contraste, Estados Unidos ha jugado el rol del mercado para Asia”

El resto del mundo también ha

desempeñado el papel del mercado para Estados Unidos, cuando los componentes que constituyen la economía norteamericana son considerados como un todo. Una vez más, se debe mirar más allá de las líneas de comercio nacionales y enfocarse en las estadísticas más esclarecedoras de la economía global. En 1988 el total de las exportaciones de bienes manufacturados norteamericanos sumaron solo US\$250 billones. Pero las ventas en el extranjero hechas por subsidiarias de manufacturas en su mayoría propiedad de Estados Unidos llegaron a los US\$465 billones. Y las ventas en el extranjero por subsidiarias en distribución de Estados Unidos llegaron a US\$180 billones. Esto produce un gran resultado de US\$895 billones en total de ventas en ultramar que podrían ser atribuidos a la economía de Estados Unidos.

En contraste, consideramos a Japón. Exportando US\$230 billones en bienes manufacturados, está de alguna manera detrás de Norteamérica. Pero las ventas en el extranjero por subsidiarias japonesas en distribución fueron de un sorprendente US\$380 billones, y las ventas en el extranjero por subsidiarias japonesas en manufactura llegaron a sólo US\$140 billones, para un total de desempeño de

3/ Kenneth S. Curtis, *Asia en los noventa: Movimiento y contradicciones*, Deutsch Bank Group, Global Strategy Research Papers, 1992.



ventas en ultramar de US\$750 billones<sup>4</sup>.

El rasgo importante de estas figuras no es que el desempeño de Japón fuera significativamente más bajo que el de Estados Unidos, sino que la organización fundamental de cada país para penetrar en mercados foráneos fue muy diferente. Los norteamericanos se centraron en la producción en el extranjero, los japoneses en ventas por medio de distribución. La economía global está creciendo tan rápido que existen todo tipo de formas de explotarla.

Un cambio histórico ha sucedido con extraordinaria velocidad. En 1972 el valor de las inversiones directas norteamericanas en el extranjero era 6 veces más alto que el ocupado por extranjeros en Estados Unidos. En 16 años las proporciones se igualaron. Un dominio norteamericano en posesiones en el extranjero había llegado a la paridad. 20 por ciento de los recursos de todos los bancos de Estados Unidos eran propiedad de extranjeros en 1988 (la mitad japoneses). Los dos principales eruditos norteamericanos en el campo concluyeron en una inspección especial para el

Instituto de Economía Internacional que "Japón también ha sido el principal exportador de capital de cartera en los 80 —en efecto, el principal recurso de financiación para el déficit de cuenta corriente en los Estados Unidos". Inglaterra permaneció como el más grande inversionista singular en Estados Unidos, con el 31 por ciento de todas las tenencias extranjeras en 1988, seguido por Japón con el 16.2 por ciento, los Países Bajos con el 14.9 por ciento, y Canadá con 8.3 por ciento. Pero además de las compañías compradoras, las existencias y el estado real, los extranjeros aportaron Bonos del Tesoro que financiaron directamente el déficit del presupuesto de Estados Unidos. En 1990 el Tesoro de los Estados Unidos pagó US\$248 billones de intereses por su deuda pública, de los cuales US\$38 billones, casi el 15 por ciento, fue a obligacionistas extranjeros<sup>5</sup>. Los japoneses compraron más bonos del tesoro que los demás inversionistas del resto del mundo combinados. Y el costo fue significativo. El declive del dólar y la caída paralela del yen luego de los Acuerdos Plaza de 1985, significan que la partida del

activo en dólares poseída por inversionistas japoneses generó pérdidas en las ratas de cambio. Habiendo pagado más de 200 yenes por dólar en 1985, los inversionis-

tas japoneses encontraron que un dólar podía ser comprado por 140 yenes para abril de 1987, lo que representaba una pérdida de un tercio de su inversión original.

### *El financiamiento de la victoria norteamericana*

UNA CURIOSA ECUACIÓN APARECE AHORA. Si como los admiradores de Ronald Reagan insisten Estados Unidos se impuso en la guerra fría a causa de las políticas rearmamentistas de su administración y, dado que ese proceso fue financiado mediante el déficit presupuestal y que este último fue sostenido por inversionistas extranjeros que perdieron dinero haciéndolo, entonces los extranjeros financiaron el triunfo norteamericano.

Los años 80 vieron un retorno triunfante del altruismo norteamericano del período inicial de la posguerra, cuando Estados Unidos financió la recuperación de las naciones europeas y Japón, quienes llegarían a ser sus competidores económicos. Pero colocar el acento en este argumento es equivocarse con respecto a la razón de ser esencial de la guerra fría. El objetivo puede haber sido contener a la Unión Soviética. La razón de ser era construir una economía global que fuera más grande que la suma de sus partes norteamericana, europea y japonesa. El grado en el que las demás economías occidentales sostenían los déficits norteamericanos durante la carrera armamentista de los 80 sugiere que el principio clave de un compromiso financiero

común para alcanzar una meta estratégica común ha sido entendido ya por los mercados globales y se ha visto que funciona.

El rearmamentismo reaganiano era una inversión en la seguridad nacional. Era también la prueba de su convicción privada de que Estados Unidos podía permitirse el lujo de una carrera armamentista, mientras que la Unión Soviética no. La Unión Soviética tendría también que renunciar a la carrera armamentista o caería por sí misma en la bancarrota y en el colapso en el vano esfuerzo por persistir. "Pienso que existen claros indicios para creer que la Unión Soviética no puede incrementar su producción de armas", explicaba Reagan a la columna editorial del *Washington Post* durante su campaña para las elecciones de 1980. "Justo ahora, estamos escuchando de huelgas y disputas laborales porque la gente no encuentra suficiente para comer. Se han divertido tanto con los gastos militares que no pueden proveer las necesidades de sus consumidores".

Para el Presidente Reagan, el incentivo a la producción de armas fue un puro deleite, una garantía de las políticas de rebaja de impuestos y del capitalismo libre que él había

4/ Dennis J. Encarnation, *Rivales más allá del comercio: EE.UU. vs. Japón en la competencia global*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1992, p.22.

5/ Edward M. Graham y Paul R. Krugman, *Inversiones extranjeras directas en los EE.UU.* Washington, D.C.: Institute for International Economics, 1989, pp. 18-31.

6/ "Presupuesto del gobierno de los Estados Unidos, año fiscal 1990" sección 5, p.171. Véase también, Charles L. Schultze, *Memorandos al presidente: una guía través de la macroeconomía para el político ocupado*. Washington, D.C.: Brookings Institute, 1992, p. 105. C. Fred Bergsten y William R. Cline, *El problema económico EE.UU.- Japón*. Washington D.C.: Institute for International Economics, 1985, pp. 41-52.

prometido. "En Europa, lo llaman el milagro norteamericano. Día a día estamos destrozando nociones aceptadas de lo que es posible", afirmó el entusiasmado presidente en su discurso sobre el estado de la Unión en enero de 1985<sup>7</sup>.

En el extranjero, mientras compartían su alegría, los simpatizantes de Reagan tuvieron una visión menos simplista de su éxito. Una de las percepciones más astutas fue entregada a la Cámara de los Lores de Gran Bretaña por Harold Macmillan, el antiguo primer ministro ahora elevado a la dignidad de *par* como Conde de Stockton, quien discutió el milagro de Reagan en su discurso inicial:

"Me alegra lo que Reagan está haciendo. El ha roto todas las reglas y todos los economistas están furiosos. 5 millones de nuevos empleos y al mismo tiempo la inflación se ha mantenido muy baja. Eso es un milagro; la Cámara de los Lores debería conocer cómo ha sido hecho esto. Yo creo que lo sé: es porque ellos han tenido el sentido de hacer pagar a otras personas por ello. En una palabra, Reagan, al contrario de Keynes, ha apelado a los recursos del viejo mundo para financiar la expansión del nuevo"<sup>8</sup>.

La estrategia de Reagan de

romper la economía soviética forzándola a entrar en la carrera armamentista que no podía sostener, funcionó. Pero funcionó a un costo terrible. La economía norteamericana no podía soportarla. El programa de rearmamento de Reagan, financiado por el déficit presupuestal, el cual era a su vez financiado por préstamos de capital extranjero, prefiguró el más crudo desarrollo que tuvo lugar en 1990-1991, cuando Norteamérica financió su aventura militar contra Irak en el Golfo Pérsico obteniendo que sus aliados ricos en efectivo en Alemania, Japón y Arabia Saudita pagaran por ella. La lección real de las dislocaciones económicas de Estados Unidos en los 80 fue claramente entendida por aquellos que poseían responsabilidades prácticas en el cuidado del dinero en circulación de Estados Unidos.

"La estabilidad de nuestro capital y mercados de moneda es ahora dependiente, como nunca antes, de la buena voluntad de los extranjeros en continuar colocando cantidades crecientes de dinero en nuestros mercados", explicaba al Congreso en 1985 Paul Volker, banquero central norteamericano de la Reserva Federal. "Estamos, en un sentido real, viviendo en un tiempo y una moneda borrosos"<sup>9</sup>.

Así, una de las coincidencias más elucidantes de la edad moderna es que el año que condujo a Gorbachev al poder fue también el de la humillación pública de la economía norteamericana. La admisión de que no podría soportar por más tiempo el peso de liderar la economía global y que debía compartir la responsabilidad con Europa y Japón habría sido una causa para enorgullecerse grandemente, pues el objetivo real del sistema americano en las 4 décadas de la guerra fría no era el eclipse de su rival soviético sino la creación de algo mucho más positivo: la construcción de Occidente.

El nuevo poder económico de Japón y de la Comunidad Europea estaba puesto de manifiesto cuando el Secretario del Tesoro de Estados Unidos, James Baker, se encontró con ministros de finanzas japoneses y europeos en el Hotel Plaza en septiembre de 1985.

Aquel encuentro estableció el principio y la estrategia de una aproximación concertada a la economía global y sus dineros en circulación; el encuentro produjo un acuerdo para una caída manejada del valor del dólar americano, actuando junto con los bancos centrales de Occidente.

Era un momento de máximo esfuerzo para Norteamérica en la idea de acelerar la carrera armamentista a un ritmo tal que la Unión Soviética no pudiera competir. La economía soviética se quebró, pero la economía

norteamericana se dobló bajo el peso del esfuerzo. El apoyo de las demás naciones del Grupo de los Siete fue convocado para ayudar a sostener el esfuerzo estratégico de Estados Unidos, de la misma manera que su apoyo está siendo movido ahora para rescatar las esperanzas de una estabilidad democrática en Rusia.

Al estimular el desarrollo de la economía global, la guerra fría también proveyó el potencial financiero para efectuar una política de enredadas consecuencias (a ningún costo para las naciones que individualmente no pudieran pagar por él).

Así, consideremos nuevamente aquella imagen de la tierra como se fotografió desde el espacio y tratemos de imaginar un superimpuesto sobre el globo y el ondulamiento constante de flujos de comercio y capital que giran incesantemente alrededor del mundo. Imaginemos de color rojo el dólar, el yen azul, el marco alemán blanco, la libra esterlina dorada, y así sucesivamente.

Considérense los patrones de energía multicolores y arremolinados que aquellos implican, la sangre vital de un sistema global que es la única medida que necesitaremos para encarar los desafíos que nos confrontan. Ponderar la elegancia impotente y el poder de aquellos flujos financieros es entender que ya hemos producido el recurso global que necesitamos. ☉

7/ La entrevista de la columna editorial del *Washington Post* con el candidato Reagan tuvo lugar en junio 18, 1980. El texto fue publicado en Lou Cannon, *Presidente Reagan: El papel de una vida*. New York: S&S Trade, 1991, p. 297.

8/ *Papeles de la presidencia, 1985*, State of the Union Address, febrero 6, 1985.

9/ *Hansard: Debates parlamentarios*, Cámara de los Lores, Londres, noviembre 13, 1984.

10/ "Reserva Federal de los Estados Unidos, Declaración del Presidente", febrero 5, 1985. El texto fue entregado por Paul Volker al *Joint Economic Committee* del Congreso de los Estados Unidos.